

El tradicional elogio de la leche materna

Adaptado de Madres y niños en la historia de España, por María José y Pedro Voltes. Ed. Planeta, Barcelona, 1989.

En las décadas de 1940 y 1950 se pensaba que las leches sintéticas eran la panacea. En tiempos mucho más remotos, la gran enemiga de la lactancia materna era la institución del «ama de cría», a la que recurrían las mujeres de las clases altas para librarse del engorro de dar el pecho a sus hijos.

La Biblia pondera repetidamente la relevancia de la función nutricia de la madre. San Isidoro de Sevilla (560-636) afirma en sus *Etimologías* que la palabra *mater* proviene de *mama*. Siguen estas pautas los Padres de la Iglesia. El gran humanista Juan Luis Vives (1492-1540) dice: «Pues nacida la niña débese procurar cómo se críe, y querer y comenzar desde la leche. Y ante todas cosas yo querría mucho que se la diese su madre si fuese posible... Acaece, no sé cómo, que no sólo tomamos amor a las personas que nos crían, más aun, con la leche bebemos en cierta manera sus costumbres». No menos entusiasta es fray Antonio de Guevara, que dice en su *Reloj de príncipes*, escrito en 1529: «¡Qué cosa es ver a un niño cuando se quiere reír, cómo cierra los ojitos! ¡Qué cosa tan deleitosa es al padre verlo y a la madre consentirlo cuando maman los niños!».

Las nodrizas

El trabajo de las nodrizas puede considerarse tan antiguo como la civilización urbana. El trato concertado con la nodriza estaba cargado de solemnidad, porque todo el mundo se hallaba persuadido de la influencia que su actuación ejercería sobre el niño. El padre Juan de Pineda, en sus *Diálogos de agricultura cristiana*, diserta abundantemente sobre las nodrizas y sus requisitos. Pide que sea morena, conforme recomienda Avicena, limpia y discreta, virginal, abstemia y casta.



Dice el buen religioso que «la leche de mujer que parió varón es muy mejor que la de la que parió hembra, y aun si parió dos varones es muy más eficaz si ella se abstiene del vino y de manjares agrios, aunque la leche de la que parió hembra vale más para curar las manchas de la cara».

Si en todo tiempo ha habido quejas de los amos contra los servidores, y viceversa, júzguese de las que cundirían en torno de un gremio tan especial. Gutiérrez de Godoy escribía en 1629: «Unas son insufribles por necias, de mal entendimiento y peor discurso. Otras, al contrario, son grandes habladoras, mentirosas, vanas y más entrometidas de lo necesario. Otras sucias, asquerosas, que les huele mal el sudor, la boca o

los pies. Otras grandes comedoras, tragonas, que como son pobres y han vivido siempre hambrientas, en viendo ocasión de hartarse no la pierden».

Por su parte, la nodriza también podía tener motivos de queja. Un día de 1658, Felipe IV entró al cuarto de su hijo enfermo y preguntó al ama cómo lo estaba pasando. «Señor», dijo ella, «yo tengo tres hijos, los más lindos que hay en la corte, criados a mis pechos. Comía a mis horas, y sazonado. Aquí todo me lo dan sin especias ni sal; paso las noches desvelada, y la que se le antoja me levanta las faldas, registrándome por si me ha venido el achaque. La leche, con tantas zozobras, no es posible que sea la que es menester...»

Ironías de la dermatología...

De personas que encanecen en una noche

Tomado de Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Ed. Guarania. Asunción de Paraguay, 1945.

«Leyendo la *Silva de varia lección*, del muy noble caballero Pedro Mexía, topé con que Antonia, hija de Druso Romano, en toda la vida nunca escupió. Esto nunca lo tuve por tan cierto como después que me casé con Margarita de Vergara, de la cual oso decir que fue una de las más hermosas mujeres que en su tiempo hubo en el reino de Toledo y en nuestra Madrid; la cual, además de su buena disposición corporal fue tan acompañada de virtudes que el menor bien que tenía fue la hermosura exterior. Y como Dios la quiso dotar para la gloria, la llevó a otra vida por un caso que adelante diré [...].

La mujer que no escupía

...Y así como Octavia no escupió, mi Margarita lo mismo. Y porque su padre e otras personas me lo dijeron yo estuve todavía dudoso, y en tanto que Dios me la

prestó, que fueron más de tres años, nunca yo ni otra persona de mi morada la vido escupir.

Vengamos a las súbitas canas que le vinieron, y esto también ha acaecido a otras personas. Me acuerdo que don Diego Osorio fue preso en Sevilla e puesto en la Torre del Oro, e dijéronle o él creyó que al otro día le habían de cortar la cabeza por mandado de la Reina Católica, doña Isabel; y aunque era mancebo y sin tener cana alguna, en una noche se le tornaron los cabellos y barbas tan blancos como un armiño.

Un parto terrible

[...] Margarita mía después que nos casamos se hizo preñada, e a los nueve meses vino a parir un hijo; e fue tal el parto que le duró tres días con sus noches, e se lo

hobieron de sacar, seyendo ya el niño muerto, e para tener de dónde asirle, porque la criatura mostró solamente la parte superior de la cabeza, se la rompieron y vaciaron los sesos, para que pudiesen los dedos asirle, y así salió corrompido e hediondo, e la madre estaba cuasi finada. El caso es que ella vivió, aunque estuvo seis o siete meses tullida en la cama, muriendo e penando, mas en aquella trabajosa noche de su mal parto se tomó tan cana e blanca su cabeza que los cabellos que parecían muy fino oro se tornaron de color de fina plata. Y en verdad mis ojos no han visto otros cabellos parecidos en mujer desta vida, porque eran muchos e tan largos que siempre traía una parte del trenzado doblada, para que no le arrastrasen por tierra, y eran más de un palmo más largos que su persona; y no era mujer pequeña...»